

Un lugar lleno de misterios...

EVERLOST



Neal Shusterman

Título original: *Everlost*

1.ª edición: abril 2011

© Neal Shusterman, 2006
Esta obra ha sido publicada por acuerdo
con Simon & Schuster for Young Readers
© De la cubierta: Simon & Schuster for Young Readers, 2006
© De las fotografías de cubierta: Mickey Cashew/Getty Images;
Jeff Speed/First Light
© De la traducción y de las notas: Adolfo Muñoz García, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9492-3
Depósito legal: M-8.944/2011
Impreso en Anzos, S. L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia Española
en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.

Neal Shusterman

EVERLOST

Traducción y notas de Adolfo Muñoz

ANAYA

*Para mi tía, Mildred Altman,
que me transmitió el amor por los libros
y la lectura.*

PRIMERA PARTE

Neoluces

Hacia la luz...

Un día como otro cualquiera, en una curva muy cerrada de una carretera que transitaba por encima de un bosque seco, un Toyota blanco chocó contra un Mercedes negro, y por un instante ambos se fundieron en un borrón gris.

En el asiento de delante del Toyota iba sentada Alexandra, Allie para sus amigos. Iba discutiendo con su padre sobre el volumen al que debían oír la música. Se acababa de desabrochar el cinturón para ajustarse la camisa.

En la parte de atrás del Mercedes, en el centro, iba Nick, vestido para la boda de su primo. Nick intentaba comerse una barra de chocolate que había permanecido en su bolsillo durante la mayor parte del día. Su hermano y su hermana, que lo aprisionaban cada uno por un lado, le daban con el codo con toda la intención, lo que hacía que el chocolate derretido le manchara toda la cara. Como se trataba de un coche de cuatro plazas e iban cinco pasajeros, Nick no contaba con cinturón de seguridad.

Además, en la carretera había una pieza de hierro pequeña pero cortante que se le había caído a un camión que iba cargado hasta los topes de chatarra. La habían esquivado más o menos una docena de coches, pero el Mercedes no tuvo tanta suerte: pasó por encima de la pieza de hierro, reventó el neumático delantero de la izquierda, y el padre de Nick perdió el control del coche.

Cuando el Mercedes traspasó a toda velocidad la doble línea amarilla e invadió el carril de sentido contrario, tanto Allie como Nick levantaron la mirada y vieron al otro coche acercarse muy rápidamente. Ante ellos no apareció de pronto el compendio de su vida: no hubo tiempo para tanto. Todo ocurrió tan rápido que ninguno pensó ni sintió apenas nada. El impacto los lanzó hacia delante y ambos notaron el golpe-tazo del airbag, pero a semejante velocidad y sin el cinturón puesto, los airbags hicieron muy poco por aminorar la sacudida. Sintieron el parabrisas contra la frente, y a continuación, en un instante, lo atravesaron.

El estrépito del cristal hecho añicos se convirtió en un sonido de viento huracanado, y el mundo se volvió muy oscuro.

Allie aún no sabía qué pensar de lo que estaba ocurriendo. Al tiempo que el parabrisas caía tras ella, se sentía transportada a través de un túnel, por el que iba ganando velocidad, acelerando al tiempo que el viento se volvía más intenso. Al final del túnel había un punto de luz, que se hacía más grande y brillante conforme se acercaba. En su corazón sintió una sensación de tranquilo asombro que no hubiera podido describir.

Pero, de camino hacia la luz, golpeó contra algo que la desvió de su ruta. Se agarró a aquello, aquello lanzó un gruñido, y por un instante Allie fue consciente de que se había dado contra alguien, alguien que debía de tener su mismo tamaño, y que olía claramente a chocolate. Tanto Allie como Nick giraron como locos, chocándose y rebotando en las paredes del túnel, que eran más negras que el negro, y al salirse de su rumbo la luz que habían tenido delante desapareció. Se pegaron un fuerte golpe contra el suelo, y el vuelo los dejó completamente agotados.

Durmieron sin soñar nada y durante mucho, mucho tiempo.

Llegada a Everlost

Hacía mucho que el muchacho no se acercaba a la carretera. ¿Para qué? Los coches iban y venían sin detenerse nunca, sin siquiera frenar un poco. Le daba igual saber o no quién pasaba por su bosque de camino a otros lugares. Ellos no se preocupaban por él, así que ¿por qué iba a preocuparse él por ellos?

Cuando oyó el accidente, estaba jugando a su juego favorito: saltar de rama en rama y de árbol en árbol lo más lejos del suelo que pudiera. El repentino crujido de aceros fue tan inesperado que le hizo calcular mal y perder el agarre a la siguiente rama. Empezó a caer de inmediato. Rebotó en una rama, y después en otra, como una bola en el *pinball*. No le dolieron todos estos golpes. De hecho, se estuvo riendo hasta que terminó de atravesar por entre las ramas y ya no quedó más que una larga caída.

Pegó fuerte en la tierra: fue una caída que ciertamente habría acabado con su vida de haber sido otras las circunstancias, pero que en realidad no constituyó sino un modo muy rápido de llegar al suelo.

Se levantó y tardó un instante en orientarse, oyendo ya los ecos del accidente que tenía lugar en la carretera. Los coches frenaban con un chirrido, la gente gritaba... Él salió corriendo en dirección al ruido y trepó por la empinada cuesta de piedra berroqueña que subía a la vía. No era el primer accidente que tenía lugar en aquel traicionero tramo

de carretera: había muchos, varios cada año. Hacía tiempo un coche se había salido de la carretera volando como un pájaro para aterrizar en el mismo suelo del bosque. Sin embargo, nadie había llegado con él. Sí, seguro que había gente en el coche en el momento del accidente, pero se fueron adonde tenían que ir incluso antes de que el muchacho se acercara a inspeccionar el desastre.

Aquella nueva colisión tenía mala pinta. Muy mala. Mucho follón: ambulancias, camiones de bomberos, grúas... Para cuando se fueron todos aquellos vehículos, ya se había hecho de noche. Pronto donde se había producido el accidente no quedaron sino cristales rotos y trocitos de metal. El muchacho puso mala cara: también aquellos se habían ido adonde tenían que ir.

Resignado y algo furioso, el muchacho volvió a bajar la cuesta de regreso a su bosque.

¿A quién le preocupaba, de todas formas? ¿Qué pasaba si no llegaba nadie más? Aquel sitio era suyo. Reemprendería sus juegos, y seguiría jugando a ellos al día siguiente, y al otro y al otro, hasta que ya no quedara ni carretera.

Al llegar al fondo de la cuesta fue cuando los vio: eran dos chicos que habían salido despedidos de los coches que habían chocado, por encima del barranco. Ahora estaban tendidos al pie de la cuesta, en el suelo del bosque. Al principio pensó que tal vez no los habían visto los de las ambulancias, pero no: los de las ambulancias siempre veían esas cosas. Al acercarse más, se dio cuenta de que ni su ropa ni su rostro mostraban indicio alguno del accidente. Ni desgarrones, ni arañazos. ¡Esa era muy buena señal! Los dos parecían andar por los catorce años, unos pocos más de los que tenía él, y estaban tendidos a solo unos palmos de distancia uno del otro, ambos acurrucados como bebés. Uno de ellos era una chica que tenía un bonito cabello rubio; el otro, un chico con cierto aire de chino, salvo por la nariz

y el pelo de color castaño cobrizo, más bien claro. El pecho de uno y otro se inflaba y desinflaba con un recuerdo de respiración. El muchacho sonrió al verlos, y los imitó, inflando y desinflando el pecho del mismo modo.

Mientras el viento atravesaba los árboles del bosque sin producir ni el más leve susurro, el muchacho aguardó pacientemente a que despertaran sus compañeros de juegos.

* * *

Ya antes de abrir los ojos, Allie sabía que no se encontraba en su cama. ¿Se habría vuelto a caer al suelo en medio de la noche? Normalmente, cuando dormía no paraba de dar vueltas. La mitad de las veces, cuando despertaba, veía que las sábanas se habían soltado del colchón y la envolvían como una serpiente.

Abrió los ojos a la clara luz del sol que se filtraba por los árboles, lo que no resultaba extraordinario, salvo por el hecho de que no había ventana por la que pudiera entrar la luz. Tampoco había dormitorio: solo árboles.

Volvió a cerrar los ojos, tratando de reiniciar. El cerebro humano, pensó, podía ser como un ordenador, especialmente en ese periodo que hay entre el sueño y la vigilia. A veces uno dice cosas extrañas, o hace cosas aún más extrañas, y de vez en cuando uno no consigue comprender cómo llegó al lugar en que se encuentra.

Pero no se preocupó. Aún no. Simplemente se concentró, buscando en su memoria una explicación racional. ¿Habían salido de acampada? ¿Era eso? En cosa de un instante aparecería en su mente, como un relámpago, el recuerdo de haberse dormido bajo las estrellas en compañía de su familia. Sin duda.

Como un relámpago.